

pa, después de haber trazado un vasto semicírculo al Poniente, en el cual encierran la alta Italia, vuelven sobre sí mismos, y penetran de pronto en línea oblicua hacia el Mediodía, formando así una larga península bañada por el Adriático y el Mediterráneo. Bonaparte, llegando del Poniente, y después de franquear la cadena en el punto en que se deprime y continúa con el nombre de Apenino para formar la península, tenía ante sí el magnífico semicírculo de la alta Italia, y á su derecha esa península estrecha y profunda que forma la Italia inferior. Muchos pequeños Estados dividían á este país que suspiró siempre por la unidad, sin la que no hay gran existencia nacional.

Bonaparte acababa de atravesar el Estado de Génova, situado en la parte de acá del Apenino, y el Piemonte está más allá. Génova, antigua república constituida por Doria, era la única que había conservado verdadera energía entre todos los gobiernos italianos; situada entre los dos ejércitos beligerantes hacía cuatro años, supo mantener su neutralidad, obteniendo así todas las ventajas del comercio. Entre su capital y el litoral contaba unos cien mil habitantes, teniendo comunmente de tres á cuatro mil hombres de tropas; pero en caso de necesidad podía armar á todos los campesinos del Apenino, formando una milicia excelente: sus rentas eran cuantiosas.

Dividíanla dos partidos; el contrario á Francia llevaba la ventaja y había expulsado á varias familias. El Directorio debió pedir que se volviera á llamarlas y además una indemnización por el atentado contra la fragata *Modesta*.

Dejando á Génova, é internándose por la derecha en la península, á lo largo de la parte meridional del Apenino, preséntase desde luego la feliz Toscana, situada en las dos orillas del Arno, bajo el sol más suave, y en uno de los puntos mejor preservados de Italia. Una porción de este país formaba la pequeña república de Luca, poblada por ciento cuarenta mil habitantes; el resto constituía el gran ducado de Toscana, gobernado últimamente por el archiduque Leopoldo y ahora por el archiduque Fernando. En este país, el más ilustrado y el más culto de Italia, había germinado suavemente la filosofía del siglo XVIII. Leopoldo consiguió realizar sus bellas reformas legislativas, intentando con éxito los experimentos más honrosos para la humanidad. El obispo de Pistoia había dado principio también á una especie de reforma religiosa, propagando las doctrinas jansenistas; aunque la revolución hubiese atemorizado á los hombres pacíficos y tímidos de Toscana, allí era sin embargo donde Francia tenía más apreciadores y amigos. El archiduque, por más austriaco que fuese, había sido uno de los primeros príncipes que reconoció nuestra república. Tenía un millón de súbditos, seis mil hombres de tropas, y una renta de quince millones; pero desgraciadamente, Toscana era entre todos los principados italianos el más incapaz de defenderse.

Después de Toscana hallábase el Estado de la Iglesia: las provincias sometidas al papa, extendiéndose sobre las dos pendientes del Apenino, por el lado del Adriático y del Mediterráneo, eran las peor administradas de Europa; sólo tenían su magnífica agricultura, antigua tradición de las edades remotas, que es común

en toda Italia y suple á las riquezas de la industria, destruida hace largo tiempo de su seno. Excepto en las legaciones de Bolonia y de Ferrara, donde reinaba un desprecio profundo al gobierno de los sacerdotes, y en Roma, antiguo depósito del saber y de las artes, donde algunos señores habían participado de la filosofía de todos los grandes de Europa, los hombres continuaban sumidos en la más espantosa barbarie. Un pueblo supersticioso y salvaje y monjes perezosos é ignorantes formaban esa población de dos millones y medio de súbditos. El ejército se componía de cuatro ó cinco mil soldados, de los que ya sabemos. El papa, príncipe lleno de vanidad, magnífico, celoso de su autoridad y la de la Santa Sede, profesaba un odio profundo á la filosofía del siglo XVIII; creía comunicar á la silla de San Pedro una parte de su influencia desplegando una gran pompa, y hacía ejecutar trabajos útiles á las artes. Contando con la majestad de su persona y el encanto de su palabra, que era grande, había emprendido en otro tiempo un viaje con el objeto de ver á José II, atraerle á las doctrinas de la Iglesia y conjurar la filosofía que parecía apoderarse del espíritu de este príncipe. El viaje no había sido feliz. El pontífice, poseído de horror á la revolución francesa, lanzó contra ella el anatema, predicando una cruzada; y hasta consintió en Roma el asesinato del agente francés Basseville. Excitados por los monjes, sus súbditos participaban del mismo odio á Francia, y entregáronse á furores fanáticos al saber el éxito de nuestras armas.

La extremidad de la península y Sicilia constituyen el reino de Nápoles, el más poderoso de Italia, el más análogo, por la ignorancia y la barbarie, al Estado de Roma, y peor gobernado aún si es posible. Allí reinaba un Borbón, príncipe benigno, imbécil, y que sólo tenía una ocupación, la pesca; ésta absorbía todo su tiempo, y mientras se entregaba á ella, dejaba abandonado el gobierno del reino á su esposa, princesa austriaca, hermana de la reina de Francia María Antonieta. Esta princesa, caprichosa, de pasiones desordenadas y teniendo un favorito vendido á los ingleses, el ministro Acton, conducía los asuntos de una manera insensata. Los ingleses, cuya política fué siempre tomar pie en el continente, dominando los pequeños Estados que bordean el litoral, habían tratado de enseñorearse en Nápoles, como en Portugal y en Holanda; excitaban el odio de la reina contra Francia, é inspirábanle al mismo tiempo la ambición de dominar en Italia. La población del reino de Nápoles era de seis millones de habitantes, el ejército de sesenta mil hombres; pero muy distintos de los dóciles y valerosos soldados del Piemonte, los napolitanos, verdaderos *lazzaroni*, sin equipo ni disciplina, adolecían de la cobardía ordinaria de los ejércitos que carecen de organización. Nápoles había prometido siempre agregar treinta mil hombres al ejército de Dewins, y sólo envió dos mil cuatrocientos de caballería bien montada y bastante buena.

Tales eran los principales Estados situados en la península, á la derecha de Bonaparte. Frente á sí, en el semicírculo de la alta Italia, hallaría primero, sobre la pendiente del Apenino, el ducado de Parma, Plasencia y Guastalla, comprendiendo quinientos mil habitantes, con tres mil hombres de tropas, cuatro millones de rentas, gobernado por un príncipe español que era an-

tiguo discípulo de Condillac, y que á pesar de una sana educación había caído bajo el yugo de los monjes y sacerdotes. Un poco más á la derecha, siempre en la pendiente del Apenino, hallábase el ducado de Módena; Reggio y la Mirándola, poblado por cuatrocientos mil habitantes, con seis mil hombres en armas y bajo la autoridad del último descendiente de la ilustre casa de Este. Sumamente desconfiado, este príncipe profe-

jeros, y todavía era güelfa á pesar de su larga esclavitud. Contenía un millón y doscientos mil habitantes. Milán, la capital, fué siempre una de las ciudades más ilustradas de Italia; y aunque menos favorecida que Florencia y Roma en cuanto á las artes, hallábase más próxima á las luces del Norte, conteniendo muchos hombres que deseaban la regeneración civil y política de los pueblos.



M. R. Camer.

Pío VI

saba tal temor al espíritu del siglo, que había llegado á ser profeta á fuerza de tener miedo y previó la revolución. Citábanse con frecuencia sus predicciones: en su terror, pensó en prevenirse contra los golpes de la suerte, y acumuló inmensas riquezas oprimiendo á sus Estados. Avaro y tímido, despreciábanle sus súbditos, que son los más avisados y maliciosos de Italia, así como los más dispuestos á la adopción de nuevas ideas. Más lejos, más allá del Po, estaba la Lombardia, gobernada por Austria y por un archiduque: esta hermosa y fértil llanura, situada entre las aguas de los Alpes, que la fecundan, y las del Adriático, que le llevan las riquezas del Oriente, cubierta de campos de trigo, de arrozales, de pastos, de ganados, y rica entre todas las provincias del mundo, estaba descontenta de sus señores extran-

Finalmente, el último Estado de la alta Italia era la antigua república de Venecia. Esta república, con su antigua aristocracia inscrita en el libro de oro, su inquisición de Estado, su silencio y su política desconfiada y cautelosa, no era ya para sus súbditos y vecinos una potencia temible. Con sus provincias de tierra firme, situadas al pie del Tirol, y las de Iliria, contaba poco más ó menos tres millones de súbditos, y podía reunir hasta cincuenta mil esclavones, buenos soldados, porque tenían disciplina y estaban bien equipados y pagados. Era rica de muy antiguo; pero sabido es que su comercio había pasado hacía dos siglos al Océano, trasladándose sus tesoros á los insulares del Atlántico. Apenas conservaba algunos navíos, y los pasos de las lagunas estaban casi colmados; mas aún era poderosa



por sus rentas. Su política consistía en divertir á sus pueblos, en adormecerlos con el placer y el reposo, observando la más rigurosa neutralidad respecto á las potencias. Sin embargo, los nobles de tierra firme estaban envidiosos del libro de oro, y soportaban con impaciencia el yugo de la nobleza atrincherada en las lagunas. En la misma Venecia, una clase media bastante rica comenzaba ya á reflexionar. En 1793, la coalición había obligado al senado á pronunciarse contra Francia; y aunque cedió, volvió luego á su política neutral apenas se hubo comenzado á tratar con la república francesa. Según se ha visto antes, habíase apresurado tanto como Prusia y Toscana para enviar un embajador á París. Aun ahora, cediendo á las instancias del Directorio, acababa de significar al jefe de la casa de Borbón, entonces Luis XVIII, que abandonase á Verona. Este príncipe marchó, pero declarando que exigía la restitución de una armadura cedida por su abuelo Enrique IV al senado y la supresión del nombre de su familia de las páginas del libro de oro.

Tal era entonces la Italia. El espíritu general del siglo había penetrado inflamando muchas cabezas; los habitantes no deseaban todos una revolución, sobre todo los que se acordaban de las espantosas escenas que habían ensangrentado la nuestra; pero si querían todos una reforma, aunque en grados diferentes, y no había un corazón que no latiese al pensar en la independencia y la unidad de la patria italiana. Aquel pueblo de agricultores, de menestrales, de artistas, de nobles, exceptuados los sacerdotes, que sólo reconocían la Iglesia por patria, enardeciéndose con la esperanza de ver todas las partes del país reunidas en una sola, bajo un mismo gobierno, republicano ó monárquico, pero italiano. Cierta que una población de veinte millones de almas, con costas y un suelo admirables, con grandes puertos y ciudades magníficas, podía constituir un Estado glorioso y potente. No faltaba más que un ejército. Sólo el Piamonte, siempre empeñado en las guerras del continente, tenía tropas valerosas y disciplinadas. Sin duda que la naturaleza distaba mucho de haber rehusado el valor natural á las demás partes de Italia; pero este valor no es nada sin una sólida organización militar. Italia no tenía un regimiento que pudiera soportar la vista de las bayonetas francesas ó austriacas.

Al acercarse los franceses, los enemigos de la reforma política sintieron poseídos de espanto, á la vez que sus partidarios transportados de alegría. Todos se hallaban dominados por la ansiedad; acosábanles vagos presentimientos; no sabían si era preciso ceder ó esperar.

Al entrar Bonaparte en Italia, tenía el proyecto y la orden de expulsar á los austriacos: su gobierno quería, según se ha dicho, obtener la paz, y no pensaba en conquistar la Lombardia sino para devolverla al Austria, obligándole á ésta á devolver los Países Bajos. Bonaparte no podía, pues, pensar apenas en franquear la Italia. ¿Qué objeto político había de proponerse con treinta y tantos mil hombres? Sin embargo, una vez rechazados los austriacos más allá de los Alpes, y bien asegurado su poderío, podía ejercer una gran influencia, y según los acontecimientos, intentar grandes cosas. Si los austriacos, por ejemplo, batidos en todas partes, en el Po, en el Rin y en el Danubio, se veían

obligados á ceder hasta la Lombardia; si los pueblos, verdaderamente enardecidos por la libertad, se pronunciaban por ella al acercarse los ejércitos franceses, abriase entonces ante Italia un gran porvenir; pero entretanto Bonaparte no debía proponerse objeto alguno, para no irritar á todos los príncipes que á sus espaldas dejaba. Su intención era, pues, no manifestar ningún proyecto revolucionario, pero no contrariar tampoco el vuelo de las imaginaciones, y esperar los efectos de la presencia de los franceses en el pueblo italiano.

Así es como había evitado estimular el descontento del Piamonte, porque veía un país difícil de revolucionar, un gobierno fuerte y un ejército cuya alianza podía ser útil.

Apenas firmado el armisticio de Cherasco, púsose en camino. Muchos hombres del ejército desaprobaban la marcha hacia adelante.

«¿Cómo, decían, no somos sino treinta y tantos mil hombres, no hemos revolucionado el Piamonte ni Génova, dejamos atrás á esos gobiernos, enemigos secretos, y vamos á intentar el paso de un gran río como el Po, á lanzarnos á través de la Lombardia, y á decidir acaso á la república de Venecia, por nuestra presencia, á echar cincuenta mil hombres en la balanza!»

Bonaparte tenía orden de avanzar y no era hombre de quedarse atrás tratándose de un plan atrevido; ejecutábale porque le aprobaba, y le aprobaba por razones profundas.

«El Piamonte y Génova nos entorpecerían mucho más, decía, si estuvieran en revolución; gracias al armisticio, tenemos un camino asegurado por tres plazas fuertes; todos los gobiernos de Italia quedarán sometidos, si sabemos rechazar á los austriacos más allá de los Alpes; Venecia temblará si somos victoriosos cerca de ella, y el estampido de nuestros cañones la conducirá también á unirse á nosotros. Es preciso, pues, avanzar, no sólo más allá del Po, sino del Adda y del Mincio, hasta la hermosa línea del Adige; allí sitiaremos á Mantua, y haremos temblar á toda Italia á nuestra espalda.»

La cabeza del joven general, enardecida por su marcha, concebía aún proyectos mucho más gigantescos que los que confesaba á su ejército. Después de aniquilar á Beaulieu, quería internarse en el Tirol, repasar los Alpes por segunda vez y lanzarse en el valle del Danubio para reunirse con los ejércitos que partieran de las orillas del Rin. Este proyecto imprudente y colosal era el tributo que una gran imaginación no podía menos de pagar á la doble presunción de la juventud y del triunfo. Bonaparte escribió á su gobierno para que le autorizara á ejecutarlo.

Había entrado en campaña el 20 germinal (9 abril), y la sumisión del Piamonte quedaba terminada el 9 floreal (28 de abril) por el armisticio de Cherasco, de modo que había empleado diez y ocho días. Después marchó en el acto á fin de perseguir á Beaulieu: había estipulado con el Piamonte que le entregarían Valence para pasar al Po; pero esta condición era fingida, pues no se proponía cruzar por dicho punto el río. Al tener Beaulieu conocimiento del armisticio, pensó en apoderarse por sorpresa de las tres plazas de Tortona, Valence y Alejandría; mas no consiguió sorprender sino á la segunda, en la que dejó á los napolitanos; y viendo des-

pues que Bonaparte avanzaba rápidamente, apresuróse á repasar el Po para interponer este río entre él y el ejército francés. Después acampó en Valleggio, en la confluencia del Po y del Tesino, hacia el vértice del ángulo formado por estos dos ríos, y elevó algunos atrincheramientos para consolidar su posición, oponiéndose al paso del ejército francés.

Al salir de los Estados del rey del Piamonte y entrar en los del duque de Parma, Bonaparte recibió enviados de este príncipe que venían á solicitar la clemencia del vencedor. El duque de Parma era pariente del soberano de España, y por lo tanto se debía tener con él consideraciones, que por lo demás convenían á los proyectos del general; pero se podía ejercer sobre él algunos de los derechos de la guerra. Bonaparte recibió á sus enviados en el paso del Trebbia, aparentando algún enojo por no haber el duque de Parma aprovechado, para hacer la paz, el momento en que España trataba con la república francesa. Después concedió un armisticio, exigiendo un tributo de dos millones en metálico, que necesitaba en gran manera la caja del ejército; mil seiscientos caballos, necesarios para la artillería y los bagajes; una gran cantidad de avena y de trigo; la facultad de atravesar el ducado, y el establecimiento de hospitales para sus enfermos, á expensas del príncipe. El general no se limitó á esto: amaba y reconocía las artes como un italiano; sabía cuánto contribuyen al esplendor de un imperio, y el efecto moral que producen en la imaginación de los hombres; y en su consecuencia exigió veinte cuadros, á elección de los comisionados franceses, para ser trasladados á París. Los enviados del duque, demasiado contentos de desarmar á este precio el enojo del general, consintieron en todo, apresurándose á cumplir con las condiciones del armisticio. Sin embargo, ofrecían un millón por salvar el cuadro de San Jerónimo; pero Bonaparte dijo al ejército: «Este millón estaría gastado muy pronto, y haría encontrarnos otros que conquistar; mientras que una obra maestra es eterna, y se ostentará en nuestra patria.» El millón fué rehusado.

Después de obtener las ventajas de la conquista sin sus perjuicios, Bonaparte continuó su marcha. La condición contenida en el armisticio de Cherasco, relativamente al paso del Po, en Valence, y la dirección que seguían las principales columnas francesas hacia esta ciudad, todo hizo creer que Bonaparte iba á intentar el paso del río por los alrededores. Mientras que el grueso de su ejército se hallaba reunido ya en el punto en que Beaulieu le esperaba al paso, el 17 floreal (6 mayo) el general marchó con un cuerpo de tres mil quinientos granaderos, su caballería y veinticuatro cañones, bajó costeano el Po, y llegó en la mañana del 18 á Plasencia, después de una marcha de diez y seis leguas en treinta y seis horas. La caballería se había apoderado por el camino de todos los barcos que había á orillas del río, conduciéndolos á Plasencia; cogió también muchos forrajes y la farmacia del ejército austriaco.

Una barcaza traslada después la vanguardia mandada por el coronel Lannes: apenas llegado este jefe á la orilla opuesta, cae con sus granaderos sobre algunos destacamentos austriacos que corrían por la margen izquierda del Po, y los dispersa; los demás granaderos franceses cruzan sucesivamente el río, y se comienza á

construir un puente para el paso del ejército, que había recibido orden de bajar á su vez sobre Plasencia. Así, pues, merced á este ardor y á una marcha atrevida, Bonaparte se hallaba á la otra parte del Po, con la ventaja de haber flanqueado el Tesino. En efecto, si hubiese pasado por más arriba, además de la dificultad de hacerlo en presencia de Beaulieu, habría dado contra el Tesino, debiendo efectuar aún otro paso: en Plasencia no existía este inconveniente, porque el Tesino se ha reunido ya con el Po.

El 18 de mayo, la división Liptay, advertida la primera, se había dirigido á Fombio, á corta distancia del Po, sobre el camino de Pizzighetone. No queriendo Bonaparte dejarla tomar su posición donde todo el ejército austriaco iba á reunirse, y donde podía verse obligado después á empeñar batalla con el Po á la espalda, apresóse á combatir con las fuerzas que tenía disponibles. En su consecuencia, ataca al punto á esta división, que se había atrincherado, la desaloja después de una acción sangrienta y le hace dos mil prisioneros. El resto de la división austriaca se dirige por el camino de Pizzighetone para encerrarse en esta plaza.

En la tarde del mismo día, advertido Beaulieu del paso del Po por Plasencia, llegaba en auxilio de la división Liptay, sin saber el desastre que había sufrido; dió con las avanzadas francesas, y recibido por un nutrido fuego, hubo de replegarse apresuradamente. Por desgracia, el intrépido general Laharpe, tan útil al ejército por su inteligencia y bravura, fué muerto por sus propios soldados en medio de la obscuridad de la noche. Todo el ejército lamentó la pérdida de este valeroso suizo, que la tiranía de Berna obligó á refugiarse en Francia.

Franqueado el Po, rodeado el Tesino, batido Beaulieu é incapaz de sostener la campaña, el camino de Milán quedaba abierto. Era natural que un vencedor de veintiséis años manifestase impaciencia por entrar; pero Bonaparte deseaba ante todo completar la derrota de Beaulieu; y para esto no se contentaba con batirle, quería flanquearle, cortar su retirada, y obligarle, si era posible, á rendir las armas. Para conseguir esto debía impedirle el paso de los ríos. Muchos son los que bajan de los Alpes y cruzan la Lombardia en dirección al Po ó al Adriático: después del Po y del Tesino, hállase el Adda, el Oglio, el Mincio, el Adige y otros varios. Bonaparte tenía entonces ante sí el Adda, al que no había podido dar vuelta como al Tesino, pues habría sido necesario para ello no cruzar el Po sino por Cremona. Se pasó el Adda por Pizzighetone; pero como los restos de la división Liptay acababan de ocupar esta plaza, apresuróse Bonaparte á remontar el Adda para llegar al puente de Lodi. Beaulieu estaba allí desde mucho antes, y por lo tanto no se le podía impedir el paso de este río; pero aquel jefe no tenía en dicho punto más que doce mil hombres y cuatro mil jinetes; otras dos divisiones, al mando de Colli y Vukassovich, habían hecho un rodeo por Milán, para dejar guarnición en el castillo, y debían volver después hacia el Adda, á fin de pasarle por Cassano, mucho más abajo de Lodi. Tratando, pues, de franquear el Adda en este punto, á pesar de la presencia de Beaulieu, se podía llegar á la otra orilla antes que las dos divisiones que debían pasar por Cassano hubiesen terminado su movimiento: entonces quedaba esperanza de cortarlas.